

La ofrenda de la Hispanidad



Con motivo de la cabalgata o peregrinación hipica que llevó el 21 de Noviembre de 1970 a unos jinetes badajocenses hasta Guadalupe, el Conde de Canilleros pronunció ante los peregrinos una bella alocución que reproducimos porque contiene todo un programa de conceptos que ningún extremeño y ningún español debería ignorar.

SANTÍSIMA Virgen de Guadalupe, Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad:

Aquí estamos, a tus plantas, tus hijos extremeños e hispanoamericanos, en torno al grupo de caballeros, en todas las acepciones de la palabra, que han venido a caballo, para ofrendarte la Bandera de la Hispanidad, tu bandera, Señora del Mundo Hispánico,

A caballo, reviviendo por los caminos de Extremadura el pasado fervoroso de peregrinaciones, cruzaron estos peregrinos tuyos de hoy las tierras extremeñas, como la cruzaran en los siglos pretéritos reyes, príncipes, próceres, prelados y multitudes procedentes de todos los confines, atraídos a este santo recinto por la fama desbordada de tus bondades y de tus milagros,

Caballeros de fervorosos ideales eternos, llegan ante Ti, Señora, con su amor y su ofrenda. Y nosotros llegamos tras ellos, con idénticos fervores, porque todos somos hijos tuyos.

Han cabalgado de Badajoz a Guadalupe, como aquel peregrino inmortal que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, el que nos dejó en sus *Trabajos de Persiles y Segismunda* constancia detallada del itinerario seguido.

De Badajoz a Guadalupe fue la cervantina ruta literaria y auténtica, rematada por el Príncipe de los Ingenios con la misma profunda emoción que nosotros sentimos en este momento. Haciendo nuestras sus palabras, sabemos que estamos ante «la Santísima imagen de la emperadora de los cielos; la santísima imagen, otra vez, que es libertad de cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones; la santísima imagen que es salud de los enfermos, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias».

Igual que Cervantes, nosotros no vemos hoy en tu templo, Señora, «las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milán»; pero sentimos, aunque ya no podamos verlos, la emoción de aquellos exvotos que contemplara el autor del Quijote colgados en estos muros, como testimonio de la gratitud por los infinitos milagros que hicieron de Ti, Virgen de Guadalupe, el centro de la suprema devoción mariana.

Desde los tiempos de Alfonso XI, hasta el remate de la forja del Imperio Español de la Raza, la Lengua y la Fe, Tú fuiste, Señora, la imagen de mayor devoción universal, porque así lo dispuso Tu Divino Hijo en sus designios inescrutables.

Para Ti, Santísima y única Virgen María, Dios te reservó con esta advocación de Guadalupe la gloria impar que remata la conquista de América. realizada por tus hijos extremeños; como te reservara con la advocación del Pilar las hazañas de la Guerra de la Independencia; con la de Lourdes, el consuelo en la era del liberalismo décimonónico, y con la de Fátima, la esperanza salvadora del desquiciado mundo actual.

Dios ha querido ir jalonando en el tiempo las glorias de tus advocaciones, Virgen María, dándote en ésta de Guadalupe todas las que abarcan los siglos que van desde la Batalla del Salado, hasta el descubrimiento y conquista de América.

Peregrina por estas tierras extremeñas desde 1477, llegó ante Ti la Reina Isabel la Católica, para que fueras su amparo y su guía en los altos destinos que le asignaba la Providencia. Eran momentos de confusiones y de luchas. Sobre los turbios y sombríos panoramas nacionales brillaba como única luz orientadora la antorcha de la fe, encendida en estos montes de las Villuercas por la devoción a tu Santa Imagen. La

Reina Católica vino a poner en tus manos el porvenir de España, indeciso entonces.

El trono de Isabel y Fernando entró vacilante y maltrecho en Extremadura, para salir de aquí robustecido y firme. Bajo tu protección, Virgen de Guadalupe, tus hijos los extremeños apagaron las hogueras de las últimas rebeldías feudales y vencieron en la última batalla contra los enemigos del exterior, en la extremeña batalla de Albuera, junto a Mérida, luchando valerosos e ilusionados a las órdenes de don Alonso de Cárdenas, el último Maestre de la extremeñísima Orden de Santiago.

Fue aquello el ocaso de las turbulencias medievales y la aurora luminosa del porvenir glorioso de la patria.

Reales Cédulas firmadas en Guadalupe, marcaron hitos señeros en las tareas grandiosas que, tras la unidad nacional, conseguida en Granada, culminaban en la gesta del descubrimiento de América.

Tu devoción, Señora, iba ya en las tres carabelas que aquel 12 de Octubre de 1492, entre un temblor de meridianos y paralelos, llegaban con resplandores de Epifanía a las costas vírgenes de un mundo recién nacido, como llegaron al Pesebre de Cristo los tres Reyes Magos, Así lo cantaría siglos más tardes, desde las playas americanas, evocando la triple regia ofrenda de incienso, mirra y oro. el poeta venezolano Andrés Bello:

«Traen las naves el oro de las joyas reales,
la mirra de la luz,
y el incienso que luego subiría en espirales
del alma de los indios al Arbol de la Cruz».

Era el momento inicial de tus glorias universales, Virgen de Guadalupe. El Mundo Hispánico se cristianaba aquí, cuando Cristóbal Colón, peregrino agradecido a tus favores en el mar, trajo a los primeros indios que llegaron a España, para que fuesen bautizados en este Monasterio.

Sus partidas de bautismo son las partidas de nacimiento de la Hispanidad, cuya confirmación la harían gloriosamente los paladines de las conquistas, extremeños todos, y los muchos frailes misioneros salidos de estas tierras.

Porque Dios lo quiso, tu casa, Virgen de Guadalupe, fue la casa solariega del Mundo Hispánico. Tus heroicos hijos extremeños llevaron en su corazón tu nombre, el nombre de la Madre de sus amores, a través de mares y selvas, para dejarlo grabado cien veces en la toponimia

indiana. Santuarios, pueblos y accidentes geográficos con nombre de Guadalupe, son aún cien voces que proclaman la verdad incontrovertible de ser Tú la única auténtica Reina de la Hispanidad.

Tú misma, Señora, quisiste dar el nombre al aparecete al indio Juan Diego en el Tepeyac, diciéndole: «Yo soy la Virgen de Guadalupe».

Así fundabas en las tierras solares de los aztecas tu nuevo trono americano, reflejo hermosísimo de este viejo trono extremeño, para dejar bien puntualizada la doble soberanía espiritual de tu título de Reina de las Españas.

Todo había empezado, tras la explosión triunfal del Descubrimiento, con la marcha a las remotas latitudes del extremeño Fery Nicolás de Ovando, Gobernador y Capitán General de las Indias, islas y Tierra-firme del mar Océano. Su partida, en 1502, fue el clarín que puso en pie a Extremadura entera. En el séquito o al amparo de Ovando, pasó al Nuevo Mundo el plantel soberbio de tus conquistadores extremeños.

Aquel primer Gobernador de las Indias, sucesor en el mando del Almirante Cristóbal Colón, tras el lamentable interregno de Bobadilla, al mismo tiempo que con el espíritu constructivo de colonizar llevaba a los lejanos dominios la caña de azúcar, porvenir magnífico para las islas del Caribe, con profunda visión política removía los sociales bríos aventureros de miles de paisanos suyos, que con tu fe en el corazón, Señora, se lanzaron a las deslumbrantes locuras de las epopeyas.

Primero en las islas y luego a lo largo de la enorme columna vertebral de los Andes, desde las cumbres de nieves y volcanes, hasta los mares de huracanes y tiburones; de Norte a Sur, de Este a Oeste, resonó el nombre de Guadalupe en todos los confines del inmenso continente. Y te rezaron los indios, Señora; y te rezó Balboa en el Pacífico y Hernán Cortés en Méjico y Pizarro en el Perú y Orellana en el Amazonas y Valdivia en Chile y Alvarado en Guatemala y Soto en Florida y Belalcázar en Quito y Paredes en Venezuela...

Al conjuro de las oraciones, de los heroismos y del amor de los paladines, extremeños todos, se forjó tu Imperio, Virgen de Guadalupe; el indestructible imperio espiritual de la Raza, la Lengua y la Fe: el de la Raza, en el crisol del mestizaje, signo supremo de nuestra cristiana colonización, ajena a discriminaciones raciales; el de la Lengua, en la unidad de la española, vínculo de una cultura; el de la Fe, con el triunfo de la Cruz de tu Divino Hijo.

Esta unión total en una misma Raza, una misma Lengua y una misma Fe, tuvo ese aludido matiz sublime de la fusión de sangres, desde la de los oscuros soldados y los indios humildes, hasta la de los caudillos y las dinastías de reyes y emperadores indígenas.

En una princesa de los divinos Incas, Hijos del Sol, engendró el marqués don Francisco Pizarro a su hija y heredera universal, la marquesa doña Francisca Pizarro Yupangui, la que con el oro del Perú hizo construir en la Plaza de Trujillo la maravilla plateresca del Palacio de la Conquista.

La descendencia de los soberanas de Méjico y del capitán Cano de Saavedra, la evoca en Cáceres el Palacio de Moctezuma. A mestizos imperiales dieron vida Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Hernando de Soto y los tres hermanos del conquistador del Perú. Celestial fruto del mestizaje es San Martín de Porres, también de estirpe ligada a Extremadura.

Siempre al calor de tus amores y de tu patrocinio, Virgen de Guadalupe, el Imperio Español avanzó prósperamente por los cauces legales que le diera otro hijo tuyo, el extremeño don Juan de Ovando, codificador de las leyes indianas, Presidente de los Consejos de Hacienda y de las Indias, cargos equivalentes hoy al de Ministro.

Ese imperio de hermanos, en el que la sangre indígena perdura junto a la hispana, con un idioma y una espiritualidad, es el que venimos a revivir hoy a tus plantas, Señora, tus hijos de ambos lados del mar. Nos capitanea un grupo de caballeros y Amazonas. que, como los paladines de las conquistas cabalgaron por la inmensa geografía americana, han cabalgado ahora por las tierras de Extremadura, para traerte la Bandera de tu Imperio.

Venimos a reiterarte nuestro amor y nuestros fervores, porque queremos que el mundo no olvide nunca que, por obra y gracia de Dios y de la Virgen de Guadalupe, los extremeños dieron nueva vida a ese americano imperio histórico y eterno que evocan las sonoras estrofas de Rubén Darío:

«La América del grande Moctezuma, del Inca;
la América fragante de Cristóbal Colón...

.....
Esa América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.»

Porque esa América es obra tuya, Virgen de Guadalupe, queremos que el mundo te aclame siempre con esta salutación: ¡Salve Hispaniarum Regina!

Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros

El judío LOPE DE SORIA

armado caballero por el Emperador

CARLOS V

por Valentín SORIA SANCHEZ



N mil setecientos seis, con motivo de la cuestión de Gibraltar, fue desterrado de España un grupo familiar, de apellido Soria, y siguió la suerte de los Habsburgos, en la guerra de sucesión en tiempos del primer Borbón.

Dos siglos antes, el dos de Enero de mil cuatrocientos noventa y cuatro se dieron títulos de nobleza a Diego de Soria, oriundo de Calahorra (Logroño). Era nieto de Juan Gómez de Soria, ya vecino de la Rioja a mediados del siglo XV.

En sus tiempos se trasladó la familia Soria desde Calahorra hasta el poblado de Torviscoso, en jurisdicción del pueblo cacereño de Peraleda de la Mata, finca hoy perteneciente al alcalde de dicha población.

El día veintiséis de Agosto de mil quinientos doce se ennoblecó a Juan Díaz de Soria, cuyo hermano vivía en Peraleda de la Mata (Cáceres). El día cuatro de Agosto de mil quinientos cincuenta y uno se concedió también títulos de nobleza a Francisco de Soria, natural del lugar de Losar de la Vera, a seis kilómetros de Jarandilla, que fue mercader y comerciante en Milán (Italia, o mejor, España, en aquel entonces), según cartas y correspondencia existente en el archivo histórico de Bruselas (Bélgica).

Otra rama familiar del apellido Soria, radicada en Trujillo (Cáceres), marchó en el siglo XVI a Buenos Aires (Argentina).

El más ilustre de todos los que han llevado el apellido fue Lope de Soria, armado caballero por Carlos V, en Bolonia (Italia), el día